



ARANDA DE DUERO EN LOS LIBROS DE VIAJES Y GUÍAS DE VIAJEROS

JUAN ANTONIO YEVES



IGLESIA DE STA. MARIA. VISTA PARCIAL
ARCH. FOT. BIBLIOTECA MUNICIPAL

Los recientes estudios publicados sobre Aranda de Duero han contribuido de forma notable al conocimiento de la villa desde los más variados aspectos. Extensos trabajos y colaboraciones más puntuales, siempre respaldados por una documentación rigurosa, van configurando la imagen real y definitiva y, entre unos y otras, éste no pretende ser más que una modesta aportación, basada en una serie de obras que podríamos situar al margen de los tratados históricos o crónicas y que tampoco encajan plenamente en el ámbito de lo que en sentido estricto se puede llamar literatura.

Pascual Izquierdo dio ya cuenta, y con acierto, de la presencia de esta comarca de la Ribera del Duero en la literatura (1) y en aquel momento quedaron solamente mencionadas algunas obras que le situaba al margen del trabajo literario, con un planteamiento de exposición del estado bibliográfico de la cuestión: los diccionarios geográficos y la literatura de viajes. Ahora nos interesa destacarlas porque entendemos que, con sus breves notas o con sus relatos perfectamente redactados, los viajeros

colaboran con los historiadores estableciendo y definiendo el alma de los pueblos, tal vez mejor que ellos, y que las guías de viajeros o de forasteros proporcionan datos relevantes y son obras de obligada consulta para entender y explicar acontecimientos significativos del pasado; en ambos casos se trata de documentos geográficos, históricos, etnográficos..., muy útiles para conocer la historia de una época o de un pueblo.

Cabe señalar que el viaje, y la aventura como concepto unido a él, es motivo recurrente en la literatura de todos los tiempos y lugares; la historia del *caballero andante* y sus aventuras podrían ser el ejemplo más elocuente, con un concepto esencial: la salida; después vendrán el desplazamiento por tierras extrañas y el encuentro con otras gentes. Pero en esta ocasión nos ocuparemos del viaje en otro sentido, como origen de otros géneros o manifestaciones: relaciones, memorias, cartas, recuerdos, itinerarios, memoriales, diarios, descripciones geográficas, relatos militares o guías de viajero y, si fuera posible, no quedarnos sólo en el relato donde el viajero da cuenta de

su aventura personal o la mera descripción de lo que se presenta ante sus ojos, sino también, hasta donde sea posible, valorar su repercusión en los lectores, otros viajeros.

La literatura de viajes ha tenido siempre aceptación, más aún cuando era arriesgado viajar y mucho más cómodo vivir, por medio de la lectura, la aventura del viajero. En la Edad Media el libro *De proprietatibus rerum* de Bartholomaeus Anglicus, franciscano inglés que enseñaba en París, es uno de los que mejor recoge el saber de la época; por su carácter enciclopédico, se ocupa de muchos temas, entre otros de la descripción de la tierra, con mención de distintas regiones y sus rasgos, bien porque él mismo las conocía directamente, bien porque había sabido de ellas a través de los libros o de palabra. La demanda de esta obra es notable, muy pronto se hacen traducciones y en la etapa incunable la tenemos ya impresa en castellano. Esta obra estaba sólo al alcance de privilegiados, en especial cuando se trata de copia en manuscritos lujosos. Pero podemos mencionar otros relatos de viajes como los de Marco Polo y John Mandeville, que no fueron menos populares; incluso los libreros los alquilaban a estudiantes parisinos.

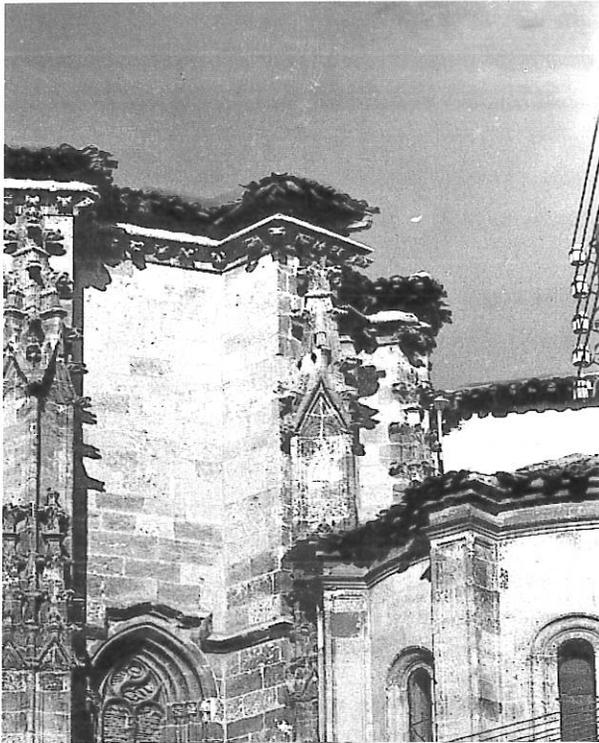
Poco se podrá decir de los viajes imaginarios de los lectores, y tampoco gran cosa de los reales, pues no contamos con datos fiables de la difusión de estas obras o de los índices de lectura, pero sí que podremos reflexionar sobre la influencia social de libros de viajes y guías de viajeros, ya sea para animar al lector sedentario o para guiar al siguiente peregrino espoleado por los relatos de otros que se atrevieron a correr riesgos obligados por su dedicación o con el único interés de conocer mundo.

Los viajes ordinarios, visitas oficiales, reuniones de cortes, coronaciones, y también excusas sociales como cacerías o torneos, no presentan grandes dificultades porque de ellos se ocupan personajes de la corte, experimentados y competentes, que no necesitan mapas o itinerarios y los sustituyen por su buena memoria; pero los viajes más largos con motivo de peregrinaciones, cruzadas o viajes diplomáticos, requieren una mayor preparación y minuciosidad en detalles de administración, como salvoconductos y medios económicos. Junto al personaje

principal, rey, noble o eclesiástico, viaja una comitiva, que casi siempre es reflejo de su categoría; viajar sin acompañamiento sería inaceptable para las casas reales. Las funciones de cada uno de los miembros de la comitiva estaban establecidas de forma minuciosa; así, algunos se adelantarán en busca de alojamiento y provisiones, evitando que los viajes presenten riesgos imprevistos.

Podríamos plantear algunas preguntas antes de ocuparnos de los dos tipos de obras que refleja el título de esta exposición: ¿Influyó la situación geográfica de Aranda, la importancia del núcleo urbano y los medios de comunicación para que fuese lugar de paso o cita obligada en determinadas rutas? ¿Qué viajeros pasaron por la villa? ¿Sus relatos alcanzaron la difusión necesaria e influyeron para que vinieran otros viajeros? ¿Reflejaron éstos en sus textos una imagen atractiva que pudiera ser un estímulo para emprender nuevos viajes? ¿Estos relatos, con frecuencia enredados en detalles insípidos e insignificantes, apoyándose en la anécdota, son beneficiosos o perjudiciales para quien está dispuesto a iniciar el viaje? ¿Se pierde toda sorpresa en el viaje y por lo tanto se acaba con el espíritu aventurero cuando nos dejamos llevar por estas guías?

La situación geográfica de Aranda podría ser un elemento a su favor por figurar en una de las rutas de acceso a la capital de España cuando el viajero procedente de Francia hacía su entrada por el norte y seguía el trayecto Burgos, Lerma, Aranda, Somosierra, Buitrago y Madrid. Sabíamos que no sería objetivo principal de los viajes de extranjeros, pues nunca fue un lugar de moda, como pudieron serlo la Corte o tantas ciudades de Andalucía, pero podrían aparecer algunas referencias como lugar de paso. No obstante, si comenzamos a repasar distintos relatos, las noticias referentes a Aranda no son tan copiosas como cabía esperar y la ilusión inicial se desvanece. Tal vez la clave está en las malas comunicaciones, que no siempre se detallan en estos escritos, y con seguridad en que los viajeros se sienten atraídos por los principales núcleos de población y atraviesan los lugares intermedios rápidamente en busca de ahorro de tiempo, evitando gastos o tratando de disminuir las molestias, como ya señalaba Balmes (2). Por otra parte podemos ver que no siempre la ruta se hizo como se apuntaba anteriormente y los



IGLESIA DE STA. MARIA. VISTA PARCIAL. ARCH. FOT. BIBLIOTECA MUNICIPAL

desplazamientos desde Burgos a capitales limítrofes son frecuentes, quedando Aranda al margen en muchos, como ocurrió en el de Jakob Sobieski que pasa por Burgos, habiendo llegado de Pamplona y desplazándose después a Valladolid. En estas ciudades principales el viajero encontraba las ventajas de la vida comercial y también los problemas del agrupamiento humano, como las deficiencias de limpieza urbana; la presencia de viajeros ilustres será ocasión para limpiar la ciudad o villa de basura y otros desperdicios.

Si a pesar de su ventajosa situación geográfica no se encuentran significativas referencias a Aranda, ¿qué otros condicionantes impedían una mayor presencia de la villa en estos escritos? No debemos olvidar que si a finales del siglo XV y en el XVI, como lo confirman algunas manifestaciones artísticas, en Aranda hubo cierto esplendor económico, a partir de la siguiente centuria se tornará en retroceso debido a circunstancias políticas o socioeconómicas (3). Los motivos del viaje son muy variados: por moda, por interés científico, por deseo de conocimiento de sitios y personas, para poder escapar de la realidad cotidiana, para acumular experiencias y visiones

del mundo, por afán de aventura y por curiosidad, etc. Descartamos claramente dos grupos de viajeros: uno es el de los peregrinos - Aranda no estaba en su ruta -, y el segundo es el de los que buscan, siempre que dispongan de medios económicos, lugares adecuados para recuperar la salud, como establecimientos con aguas medicinales, o simplemente un clima saludable - Aranda no contaba con balnearios y no figuraba entre los lugares más apetecibles para disfrutar de un clima benigno -. Por lo tanto nos quedan aquellos que se desplazan por otros motivos y nos dejan su testimonio en relatos de viajes regios o diplomáticos, visitas eclesiásticas, viajes con ocasión de algún acontecimiento social, embajadas con objetivos económicos, comerciales o profesionales, encargos académicos, etc. En la segunda parte de este trabajo se reseñarán, de igual manera sin pretensión de ser exhaustivos, algunas guías de viajero que reflejan quizá más objetivamente la situación real de Aranda en épocas pasadas.

LIBROS DE VIAJES.

Los viajes dieron lugar a relatos que incluyen desde el libro práctico con características semejantes a las guías de viajero, hasta las simples descripciones o los recuerdos personales que en muchos casos no llegaron a publicarse en vida del autor. Dentro del género se incluyen obras compuestas por escritores que no han viajado más que en su gabinete, y todo lo más en algún Diccionario, como ya advertía el librero de Amsterdam Jorge Gallet (4).

Foulché Desbosc en su *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal* (5) ofrece una relación muy extensa de obras que se ve ampliada por el magnífico trabajo de Farinelli: *Viajes por España y Portugal* (6). Para nuestro propósito parece aconsejable detenerse sólo en aquellos que proporcionan noticias significativas, pues algunos mencionan únicamente el nombre de Aranda: Enrique Cock, notario apostólico y arquero de la guardia del Cuerpo Real, que escribe la *Relación del viaje hecho por Felipe II* en 1585 a Zaragoza, Barcelona y Valencia, al nombrar los lugares por donde pasa el Duero, cuando describe Soria dice que este río pasa por Aranda (7). Otro caso semejante

es el de Jouvin o el de la *Relación de la Corte de España* por un gentilhomme del séquito de Antonio Tiépolo, de 1572; en este segundo relato se mencionan por el redactor anónimo, como lugares de paso de la legación veneciana que salió de Bayona el 27 de octubre y llegó a Madrid el 9 de noviembre: San Juan de Luz, San Sebastián, Tolosa, Vitoria, Burgos, Aranda y Buitrago; no encontramos el más mínimo detalle de Aranda (8).

Los dos relatos que hemos seleccionado de viajeros del siglo XVI son los de Lorenzo Vital y Juan de Vandenesse. Especialmente significativo es el de Lorenzo Vital, por sus referencias a Aranda y sus comentarios sobre un episodio histórico singular. Este ayuda de cámara del emperador, que más tarde pasaría a formar parte del servicio de su hermano Fernando, fue el autor de la *Relación del primer viaje de Carlos V a España*, entre 1517 y 1518. Los hechos históricos reseñados, con el trasfondo de los grandes señores tratando de hacerse dueños de la villa y por otra parte los arandinos orgullosos de su condición realenga, los recoge Sanz Abad en su *Historia de Aranda de Duero*, añadiendo oportunas matizaciones (9).

En esta relación, que ofrece más interés descriptivo que topográfico, Vital habla de las costumbres, presenta las fiestas y justas, se ocupa de las reuniones de Cortes y del levantamiento de los comuneros (10), y en los capítulos LXXXVII, LXXXVIII y XCI narra los episodios acaecidos a partir del 22 de marzo de 1518 cuando la corte del rey católico parte desde Valladolid, pasa por Aranda y sale hacia Aragón (11):

A eso de la mitad de la Cuaresma, en un martes 22 de marzo de 1518, el rey católico se marchó de la ciudad de Valladolid, acompañado de don Fernando, su hermano, de doña Leonor, su hermana, y de la reina Germana, con una multitud de príncipes, condes, barones, para dirigirse primero a Aranda, que estaba en el camino hacia el reino de Aragón; en cuyo lugar de Aranda pensaba celebrar sus pascuas, que está a unas veintidós leguas de Valladolid, a causa de que allí se estaría bien, y también para formar allí el séquito de su hermano, a saber: las gentes que le acompañarían hasta Flandes, y también para servirle desde ese día en adelante. Mas como el encaminarse hacia esa parte los pueblos y aldeas eran malos y pequeños,

para alojarse allí tantas gentes como el rey y toda su baronía, fue resuelto y decidido el ir por diversos caminos; que el rey con su hermano y su hermana, irían por el camino derecho, con su séquito y la reina Germana, con algunos grandes señores, irían por otro camino, siempre tirando hacia Aranda [...].

El viernes 25 llegaron a San Martín, donde permanecieron cuatro días para celebrar las Pascuas:

En ese lugar de San Martín fué, por envidia, informado el rey de que en la ciudad de Aranda se morían de la peste, a fin de que el rey no fuese allí. Por lo cual, temiendo que así fuese, para evitar esa contagiosa enfermedad, el rey ordenó a sus gentes, que habían ido a detenerse en el dicho lugar de Aranda, que inmediatamente se marchasen de allí y se fuesen a otra ciudad, nueve leguas más allá, llamada Godosine (El Burgo de Osma), y que allí le aguardasen sus cantores, sus capillas y sus joyas, a causa de que allí quería celebrar sus Pascuas.

Llegadas esas noticias a conocimiento de los de la ciudad de Aranda, imaginaron bien de dónde les podría venir el que les hiciesen erróneamente tanto daño a causa de que habían rechazado a algunos señores no consintiéndoles acercarse al rey, sabedores de que pretendían acercarse a él para recomendarle un gobernador; y para llegar hasta él tanto mejor, le daban a entender que Aranda no era más que un pueblo pequeño y malo.

Al encuentro de ese falso informe, dieron a entender los de dicha ciudad, y tanto hicieron, por medio de sus amigos, a causa de que no había peste en su ciudad, y que deseaban que el rey fuese allí, para que viese su belleza y bondad, y de ese modo conocería que había sido mal informado. Por esa causa fueron a ver al rey, al dicho lugar de San Martín, para advertirle de la verdad de todas las cosas y de que en su ciudad todo estaba bien, rogándole no creyese de ligero los falsos informes que dellos le habían dado, y que, si era su gusto el de ir a su ciudad de Aranda - lo que muy humildemente le requerían -, esperaban que allí se encontraría muy bien, y de lo que le habían dicho encontraría ser verdad lo contrario.

El rey, oyendo a los de Aranda, y la petición que le hacían, quedó bastante maravillado, visto lo que le habían dicho e informado. Pero, para saber la verdad, de aquello, envió a algunas de sus gentes, para que le informasen de la verdad, por los que fué advertido de la verdad de lo que había. Por esa causa cambió de propósito, y determinó el celebrar allí sus Pascuas, dando contraorden a sus gentes, que ya estaban en el Burgo de Osma, que inmediatamente se volviesen y dirigiesen a Aranda, como hicieron.

Por lo cual, el lunes de la buena semana, el rey se marchó de San Martín, para ir a alojarse a dos leguas de Aranda, en una aldea llamada Ventosilla y al día siguiente, 30 de marzo, hizo su entrada en Aranda, a eso de las cuatro de la tarde, siendo allí por todos los señores de la ciudad y por todos los habitantes muy alegremente y honrosamente recibido, acompañado y acogido; habiendo, para la bienvenida, tendido y adornado con tapicerías, y en varios lugares de verdes ramajes de árboles y las calles sembradas de verdores, para hacer tanto más honor al rey, su soberano señor. Evidentemente, para hablar de ello francamente, no he visto lugar donde se portasen mejor ni donde las gentes del rey fuesen mejor tratadas, ni más amigablemente que allí.

Al día siguiente, que fué miércoles de Semana Santa y último día de mercado, el rey hizo cantar Tinieblas por los de su capilla y en la iglesia mayor; pero el Jueves Santo, primer día de abril, el rey se marchó de Aranda, con reducida compañía, para estar exento de todos los negocios temporales, y encontrarse más solo para consagrarse al servicio de Dios, y examinar tanto mejor su conciencia para hacer saludable confesión, al recibir el precioso cuerpo de Nuestro Señor que quería recibir en esos santos días de la buena semana, y estar allí hasta la víspera de Pascua a saber, a un lugar devoto, monasterio de Franciscanos, situado en un pueblo. Cuyo convento de Franciscanos se llamaba Olivares, y estaba situado a unas dos leguas más allá de Aranda. Estos religiosos eran muy queridos y recomendados en todo el país por la santa vida penitencial que llevaban; de tal modo que daba gusto oír hablar de su virtuosa vida y oírles decir la santa misa. Cuando el rey hubo de marcharse, les hizo dar una buena

limosna, para ayudarles a vivir y que rezasen a Dios por él; luego, el sábado víspera de la gran Pascua mayor, se dirigió a Aranda, adonde llegó al anochecer.

Y durante esos buenos días iba a oír la misa en la iglesia mayor, que los cantores de su capilla cantaban, y acabada aquella, después de tomar su refacción, se fué a visitar los lugares de devoción, y ganar las indulgencias, que estaban en diversos lugares, monasterios y capillas.

Mientras el rey, nuestro señor, estaba en ese agradable lugar de Aranda, donde sin embargo no se detuvo más, a causa de que sus asuntos no lo podían consentir, y que había prometido que, en breves días, se encontraría en Aragón, a fin de cumplir la promesa que había hecho a los estados de nuestro país, de enviarles a su queridísimo hermano don Fernando, para su consuelo, le ordenó un séquito de varios caballeros y gentileshombres, todo formado por gentes de bien, entre los cuales puso a varios de sus antiguos servidores, arqueros, oficiales y otros, que había traído de allá consigo, a fin de que regresasen con sus mujeres e hijos, según se lo habían pedido [...].

Amigos míos, tan adelante fué la cosa, que llegó el día en que cada uno de los dos hermanos debían separarse el uno del otro e ir hacia sus tierras, según se había decidido; y hubo de ser —y tengo buena memoria— hacia el 20 de abril de 1518. Por esta causa, el señor don Fernando, después de que hubo comido, se fué donde las damas, completamente equipado y dispuesto para montar a caballo, para despedirse de ellas y decirles adiós [...].

Después, tan pronto como el rey estuvo dispuesto para montar a caballo, montaron a un tiempo, y salieron de la ciudad de Aranda hasta una media legua por el camino que mi dicho señor debía ir, y hasta un cruce de caminos, donde se verificó la separación de esos dos nobles hermanos. Allí quiso mi dicho señor don Fernando apearse, pero el rey no lo quiso consentir. Mas, a caballo, descubiertas las cabezas se abrazaron entre sí, recomendándose el uno al otro la guardia de Dios con pocas palabras, porque sus corazones estaban sumidos en lágrimas. Después se alejaron el uno del otro, el rey volviendo para Aranda, y mi dicho señor encaminándose hacia el mar [...].

Después, cuando el rey hubo regresado al dicho lugar de Aranda, mientras aquél se dirigía a Santander, el rey halló a las damas dispuestas para montar a caballo. Por esa causa siguió para adelante, sin descender con doña Leonor, su hermana, dirigiéndose por el camino de Aragón; y la reina Germana dos horas después le siguió, con su séquito.

El segundo viajero es Juan de Vandenesse que, siguiendo al emperador en sus viajes, fue escudero e interventor de Carlos V y de Felipe II, primero como príncipe y más tarde como rey. En su *Diario de los viajes de Carlos V*, relata escuetamente el paso por Aranda (12), tan detallado en el relato anterior:

Y el año 1518, en el mes de marzo, se fueron el dicho rey, el archiduque su hermano y su hermana; fueron juntos a Aranda de Duero; de cuyo lugar se fueron en abril el dicho archiduque para su viaje a Flandes, el dicho rey y su hermana para Zaragoza, a cuyo lugar llegó en mayo.

También se menciona Aranda, aunque sin otras referencias, en el *Diario de los viajes de Felipe II*, de Vandenesse igualmente, cuando describe el viaje en el que el príncipe parte de Ausburgo el 25 de mayo de 1551, pasa por Baviera, el Tirol, Lombardía, Milanesado, Francia, hasta llegar a España; según el texto, en su trayecto el día 28 de agosto de aquel año el príncipe estuvo en Aranda (13)

Seguimos cronológicamente y pasamos a los viajeros del siglo XVII. El primero, por el interés de su testimonio, es Bartolomé Joly, consejero y limosnero del rey de Francia, que hizo su viaje entre 1603 y 1604, en compañía del abad general del Císter, M. Baucherat, con motivo de la visita preceptiva a los monasterios de la Orden. Sus descripciones son implacables y crudas; diremos más: su apasionamiento está guiado por prejuicios de observador parcial y nada objetivo.

En su viaje pasó por Gerona, Barcelona, Monserrat, Poblet, Montblanch, Tarragona, Tortosa, Murviedro, Valencia, Zaragoza, Calatayud, Almazán, Burgo de Osma, Aranda, Peñafiel, Valladolid y El Escorial (14).

Salió de El Burgo de Osma y se alojó en la *pobre y miserable* villa de Velilla de San Esteban, donde pudo comprobar que los campesinos de Castilla *eran verdaderos cenicientos, mucho más sometidos al rey que los otros españoles.*

Pasamos y repasamos a menudo el río Duero, teniendo su fuente a dieciocho o veinte leguas más alto en las montañas de Soria, que, después de haber atravesado toda Castilla la Vieja, se va a rendir en Portugal en la ciudad de Oporto, fundada antiguamente por los franceses. A lo largo de sus orillas crece voluntariamente el jazmín, esa olorosa y blanca flor tan soberana contra la tiña: machacadas las flores y puestas encima del mal; el mejor jazmín, sin embargo, es el llamado por excelencia jazmín de Cataluña. Desde allí entramos al monasterio de los premonstratenses llamado La Viña, persuadidos de que nos podríamos alojar allí; pero no se habló en modo alguno de ello. El abad, pequeño chato y de mala manera, después de haber visto la iglesia, nos acompañó hasta la puerta, diciendo que si necesitábamos alguna cosa que la posada estaba allí cerca. Fue aquello una cortesía castellana, y nosotros, que teníamos más deseo de dormir bien que de ahorrar nuestro alojamiento, volvimos a pasar el agua, riendo.

Por un terreno todo de Pinares, extraviados en la noche, llegamos a Barderondes, aldea de labradores, rústicos, por tanto, mal alojados y durmiendo como de ordinario. Al día siguiente, por una cuesta de viña, donde las aguas estaban fuera de los pueblos, cavadas en la roca, llegamos a comer a Aranda de Duero, buena ciudad, perteneciente al conde de Miranda, presidente del Consejo de Castilla. Después, por Hoyales (de Roa), recomendado por producir los mejores garbanzos (son como guisantes) de toda España; luego, por San Martín de Rubiales, buen país, donde los almendros están por las tierras plantados como en el Delfinado. Las cigüeñas son allí tan frecuentes, que anidan en todos los campanarios de los lugares más altos.

El francés Antonio de Brunel, señor de San Mauricio, Soison, Saint-Didier y otros lugares, hizo su viaje en 1654 con los hijos del gobernador de Nimega Francisco van Aerssen: Francisco, señor de Platte, y Cornelio. Les acompañó también por Francia, Alemania e Italia. Redactó su *Diario del viaje de España* aunque durante algún tiempo se creyó que era obra de Francisco van Aerssen y la primera vez que se publicó en París apareció sin nombre de autor. Parece que en la redacción además de sus notas tuvo en cuenta otras de Francisco van Aerssen. Al comienzo de su

relato expresa sus intenciones: *no destinando este escrito mas que a aquellos que han visto poner sus cimientos y recoger los materiales y para servirnos de memorias de una parte de esta vida que empleamos desde hace seis años en estudiar el mundo, en la verdadera y gran escuela que es el viaje.*

Entró en España por Irún y pasó también por San Sebastián, pero ahora nos interesa su paso por la provincia de Burgos (15):

Al día siguiente, con la lluvia y el frío, fuimos a comer a Lerma, y allí nos quedamos todo el resto del día; y habiendo encontrado allí una casa bastante buena, el señor de la Platte durmió en la cama donde había dormido el duque de Lorena.

Fuimos a ver la casa del señor, que pasa por la más hermosa de España después de El Escorial. Es un vasto edificio, pero bastante mal entendido, y que no esta acompañado ni de jardín ni de plantación para el paseo.

Como era el domingo de Cuasimodo, es decir, el de después de Pascuas, encontramos a todos los habitantes del pueblo que estaban reunidos y bebían entre ellos en una gran sala. En cuanto comenzamos a entrar allí vinieron muy amablemente a ofrecernos de beber, y el corregidor, que es el oficial del lugar, vino a hablar con nosotros y nos hizo ver algunas habitaciones de ese palacio.

Habiendo salido el 5 del corriente de Lerma, llegamos el 9 a Madrid, donde deseábamos estar con pasión tanto

para gozar allí de algún descanso, como para pasar a un clima más suave; porque en toda esa Castilla no habíamos tenido más que frío, lluvia y viento; y el país es tan salvaje, que cuando descubríamos algún sitio menos inculto, nos aproximábamos a él con alegría.

No os sabré decir la cantidad de peregrinos franceses que iban o que venían de Santiago de Galicia. Ellos son los que hacen que los españoles nos llamen gabachos, y es una señal de que en Francia tenemos muchos holgazanes, el que vayan de ese modo a bordear los caminos de España. La superstición, la ignorancia, la mendicidad y la fullería, en vez de devoción, son causa de ese desorden, y el que mueran en España todos los años no sé cuántos pobres peregrinos que no son allí recibidos como en Italia, porque aquí no tienen en los hospitales más que la cama.

El pueblo más bonito que vimos por el camino fue Aranda de Duero, donde nos preparamos para pasar, el día 7, la montaña de Somosierra, que separa a Castilla la Vieja de la Nueva, donde está Madrid. Llamen a esos pasos puertos, lo mismo que si fuera algún río que se tuviese que pasar en barco, o por el vado, y al principio nos engañamos creyendo sería algún peligroso torrente.

Ese día tuvimos lluvia, granizo, nieve y viento, y no reconocimos que el agua de España fuese más templada que la otra, puesto que nos hallábamos helados en una estación tan avanzada y en medio de ambas Castillas. No se dejan las montañas más que a tres o cuatro leguas de



IGLESIA DE STA. MARIA. VISTA PARCIAL ARCH. FOT. BIBLIOTECA MUNICIPAL

Madrid, donde se ven aún sus cimas blancas. El llano donde está situado no es muy igual, y se encuentran de medio en medio cuarto de legua barrancos, aunque de lejos parezca todo unido.

Francisco Bertaul, señor de Fréauville, había vivido durante su infancia en España. En 1659, cuando contaba 38 años, siendo consejero del Parlamento de Rouen y prior del Monte de los Enfermos, acompañó al mariscal de Grammont en su viaje a España, para pedir la mano de María Teresa de Austria para Luis XIV. Escribió su *Relación de un viaje de España* y el *Diario del viaje de España hecho con ocasión del tratado de la paz*, obras que se editaron en varias ocasiones en el siglo XVII. Insertamos el siguiente fragmento de la segunda obra mencionada (16):

El 9 nos fuimos a dormir a Burgos, distante trece leguas, que nos costó mucho trabajo hacer; pero a causa de que había sabido que el señor mariscal de Grammont había llegado el día de antes por el camino de Vitoria y de Briviesca, que le habían obsequiado con corridas de toros, en donde no había habido, por tanto, más que toreadores ordinarios y no caballeros con rejones, como ellos llaman, que son dardos, me resolví a dejar a mi estudiante, con el que debía ir a Valladolid y a Salamanca, y desde allí a esperar al señor mariscal en Alcobendas, donde me había dicho que tardaría un día. Me junté, pues, con el señor mariscal de Grammont, para estar en su entrada.

Salimos el 10 muy temprano, para evitar el calor del día, que quemaba la cabeza, y no tuve tiempo más que para entrar en la iglesia mayor y ver allí la capilla de los Velascos, contestables de Castilla, que tienen también allí un palacio muy hermoso. Es la primera ciudad de Castilla y la Corte residió allí en los primeros tiempos. Hay un puente bastante hermoso sobre un pequeño río que forma una pradera que hace el paisaje bastante bonito. La ciudad está sobre una pendiente, y además de la plaza de toros, que está como en redondo, había también un anfiteatro de madera que había servido para la fiesta del día anterior; y había otros, tanto de un lado como del otro del río, y se comienzan allí a ver fuentes en las plazas, como las hay en muchos sitios en España.

Fuimos de un tirón hasta Lerma, muy hermoso castillo construido por un favorito de Felipe III. Está sobre un alto, desde donde se descubre del lado del Norte un gran parque que está en el llano de abajo, donde hay praderas, por donde pasa un pequeño río, que mantiene un bosque y avenidas que hay en la orilla. Hay también una gran plaza, construída con galerías delante del castillo, que es un cuadro de cuatro grandes cuerpos de edificios, que no tienen vista más que al exterior, porque por dentro forman dos series de pórticos como dos claustros, el uno sobre el otro. Hay también en algunos sitios otros pequeños patios de madera, que es una masa grande de edificaciones. En las cuatro esquinas hay cuatro pabellones, no más gruesos que pequeños campanarios, que es la moda de España; desde allí hay un corredor que da a un convento de religiosas, que nos hicieron reír mucho todas, tanto viejas como jóvenes, acudiendo a la reja para vernos.

El 11 fuimos a Aranda de Duero, llamada así a causa de que esta sobre ese río, que comienza allí a ser bastante fuerte, y al que le hacen decir: «Soy Duero, que todas aguas bebo», a causa de que desembocan en él tantos otros, como el Pisuerga, el de León; Tormes, de Salamanca; el de Burgos, y gran cantidad de otros pequeños.

Su viaje continuó por Buitrago, Boceguillas, San Agustín y Alcobendas para llegar a Madrid.

Madame d'Aulnoy, María Catalina Le Jumel de Barneville, descendía de familias de noble linaje de Normandía y en 1666 contrajo matrimonio con Francisco de la Motte, barón de Aulnoy. No está claro el motivo del viaje a España que tuvo lugar con ocasión de la boda de Carlos II con María Luisa de Orleans. Escribió, además de otras novelas, dos obras: *Relación del viaje de España*, dedicado al duque de Chartres, y *Memorias de la Corte de España*. Se hicieron ediciones y traducciones ya en el mismo siglo XVII y XVIII y la primera al castellano es de 1891, en la *Revista Contemporánea*. En su relato (17) nos cuenta el episodio desagradable que le tocó vivir en una posada de Aranda:

Hacía ya mucho tiempo que estaba acostada y dormida cuando fui despertada por un tañido de campanas y por un ruido confuso de terribles voces. Aún no sabía lo

que lo causaba, cuando don Fernando de Toledo y don Federico de Cardona, sin llamar a mi puerta, la echaron abajo, y llamándome con todas sus fuerzas, para dar conmigo (porque no llevaban luz), vinieron el uno y el otro hasta mi cama y me echaron encima mi traje y me arrebataron con mi hija lo más deprisa que pudieron hasta la alto de la casa.

No puedo representaros mi sorpresa y mi temor. Por fin, les pregunté lo que había ocurrido, y me dijeron que el deshielo se había presentado de pronto con tanta violencia, que los ríos, engruesados por los torrentes que caen por todas partes de las montañas de que la ciudad está rodeada, se habían desbordado y la inundaban; que en el momento en que habían ido a cogermé, el agua llegaba ya a mi cuarto, y que el desorden era horrible. No era necesario que me dijese más, porque yo oía los gritos horribles y el agua conmovía toda la casa. Jamás he sentido un miedo tan grande; echaba en falta tiernamente mi querida patria.

—¡Ay! —decía—. Bien de camino he andado para venir a ahogarme en el cuarto piso de una posada de Aranda.

Bromas aparte, yo creía morir y me sentía tan agitada, que veinte veces estuve a punto de suplicarles a los señores de Toledo y de Cardona que me oyeran en confesión. Creo que más tarde ellos se hubieran reído más que yo. Estuvimos hasta que se hizo de día en continuas alarmas, pero el alcalde y los habitantes de esta ciudad trabajaron con tanta rapidez y tan útilmente para desviar los torrentes y hacer seguir las aguas, que no hubimos de sufrir más que el miedo. Dos de nuestras mulas se ahogaron. Mis literas y mis ropas se hallaron empapadas de agua. Para hacer que se secasen fué preciso quedarnos allí un día entero, y no era cosa demasiado fácil, porque no hay chimenea en las posadas. Calientan al horno y meten todas las ropas dentro.

Os aseguro que no he ganado nada con esa maldita inundación. Me acosté después de eso, o, por mejor decir, me metí en el baño, por estar mi cama tan mojada como todo lo demás.

Nuestros viajeros han juzgado que era preciso dejarme un poco de descanso. He empleado una parte del día en escribiros. Adiós, mi querida prima; ya es tiempo de

acabar; soy siempre más vuestra que nadie del mundo.

En Aranda de Duero, a 9 de marzo.

Salió de Aranda con tiempo de deshielo que hacía el aire mucho más templado, pero que también era causa de que los caminos estuviesen mucho peor. Pasó por Somosierra a Buitrago.

En las *Memorias de la Corte de España* de la misma autora, Madame d'Aulnoy, de nuevo se menciona Aranda(18):

El Manzanares estaba cubierto por las perdices y conejos que el granizo había matado; el puente de Aranda de Duero fue arrancado por la violencia de las aguas, y el Tajo se desbordó, causando grandes destrozos en los hermosos paseos de Aranjuez.

El librero Jorge Gallet editó en Amsterdam, en 1700, una obra titulada *Viajes hechos en diversos tiempos en España, en Portugal, en Alemania, en Francia y en otras partes*, resultado de una expedición realizada por un viajero, cuyo nombre se omite en el texto, unos años antes de la fecha de publicación. En su advertencia el librero dice que después de leer con gusto el relato creyó ver en él *varias cosas curiosas y diversas observaciones útiles a todo el mundo, y particularmente a los que les gusta viajar*. El viajero anónimo entró en la provincia de Burgos por el norte y nos proporciona detalles de interés como las ceremonias en los entierros, la limpieza e iluminación de las iglesias en España, las costumbres de las mujeres ocultándose con sus mantos, etc. (19):

Dejando Burgos, se encuentra un terreno bastante malo y mucho menos poblado que el que habíamos pasado. Se encuentra solamente un bosque de encinas bastante agradable, pero muy sometido a los ladrones. Llegamos a Lerma hacia el final del día. Esa villa pertenece al duque de Pastrana, en otro tiempo de Infantado, el cual fue hecho mayordomo mayor de la reina después de la muerte del marqués de Aytona. Este duque es grande de España y de los más ricos del reino. Creo haber dicho ya que un grande de España es, aproximadamente, lo que los duques y pares son en Francia, excepto que tienen privilegio de cubrirse delante del rey, porque desde el momento en que su majestad les ha dicho cubriós, esa persona es reconocida por grande de España. Es fácil imaginarse que eso no se

dice más que a las gentes de calidad y que tienen medios de sostener la dignidad de ese título.

Para volver a Lerma, hay allí un castillo que parece algo. El corregidor nos guardó muchas atenciones y se ofreció a escoltarnos sobre un caballo de quinientos escudos, porque deseaba enseñarnos los caminos por donde debíamos pasar, diciendo que los ladrones tienen costumbre de agruparse allí cuando saben que algún séquito de consideración debe pasar; pero no encontramos a nadie, y se hubieran necesitado muchas gentes para acometernos en el orden en que marchábamos.

El domingo, después de haber hecho decir misa, partimos de esa pequeña ciudad, pasando tres leguas largas de bosque de encinas, sabinas, enebros y otras especies de árboles, que, a pesar de la mucha niebla y del frío, no dejaban de esparcir un olor grande y suave. Entramos a continuación en un país de landas llenas de espliego, de tomillos y de alhucema, al fin de las cuales encontramos un pueblo llamado Mercadero, en donde comimos en una miserable taberna de lo que habíamos llevado, porque a menos de no hacer provisiones se podría pasar bastante mal el tiempo. El país que atravesamos esa tarde no me pareció mucho mejor que el de la mañana. Llegamos anochecido a una ciudad bastante grande, que es Aranda, por donde pasa el río Duero; hay allí dos puentes bastante bien contruidos. La hospedería es una de las mejores de la ruta, en ese lugar nos vimos obligados a enviar la carroza por el camino principal, que es dos jornadas más largo; comenzábamos también a aburrirnos bastante.

A la salida de Aranda encuentra un terreno bastante cubierto de encinas, sabinas y otros y, por lo demás, un terruño muy ingrato. Pasó por Honrubia, Boceguillas y Somosierra antes de llegar a la Corte, objetivo del viaje.

Después de haber mencionado las referencias de los extranjeros, por fin llegamos al viajero español por excelencia: Ponz, el primer gran viajero en una época en la que los viajes literarios gozaban de gran promoción por lo mucho que contribuían al fomento de las ciencias útiles a la sociedad, como pocos años después reconocería el editor en el *Viage* de Joaquín Lorenzo Villanueva cuando dice: *Loable es el ansia de los antiquarios y de los artistas por*

descubrir los tesoros ocultos de la antigüedad profana, que dan a luz á la historia, extension á las ciencias, modelos y estímulos a las bellas artes (20).

Marañón creía que *el punto flaco de la literatura española son los viajes, las memorias y los epistolarios, es decir todo lo que mira a la propia personalidad* (21); sin embargo, en las últimas décadas del siglo XVIII se emprendieron numerosos viajes impulsados por el reformismo ilustrado, como los de Bowles, Jovellanos, Ward o Beramendi, de cuyo periplo se conserva un manuscrito en la Biblioteca de la Fundación Lázaro Galdiano. Estos anotaron lo que veían, estudiaban o les contaban, y mientras que la mayor parte incidía en aspectos socioeconómicos, Ponz dejó constancia de los temas artísticos. Todos, como recordará en alguna ocasión el célebre Sarmiento, buscaban la verdad como mayor deleite, ver y hacer ver nuestros tesoros artísticos, documentos históricos o hechos científicos (22).

Antonio Ponz es historiador del arte consagrado al estudio de nuestro tesoro artístico y a la vez observador de la sociedad española; el erudito que vivió, sufrió y luchó por mejorar la realidad de su patria. Sus repetidos y penosos viajes, en principio con el afán de descubrir el estado de las bellas artes en España, le llevaron a conocer y preocuparse por el descuido, la esterilidad y la desolación de nuestros pueblos y tierras y promover los medios necesarios para su remedio.

El *Viaje* de Ponz, utilísimo y de consulta frecuente para tantos estudios históricos y artísticos en la actualidad y no sólo para los eruditos locales y regionales, alcanzó pronto una gran difusión. Al principio cuestionábamos la posible influencia de los libros de viaje; pues bien, nos encontramos ante uno de los que sin duda ha tenido más trascendencia desde su publicación. La repercusión de esta obra se podría valorar por las citas bibliográficas en las que aparece y por todos los estudios posteriores que están en deuda con el magnífico trabajo del abate pintor y Secretario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, el mejor pago que podía tener tan ingente tarea. Si lo dicho hubiera sido motivo de orgullo para el autor, muy dolido se sentiría si hubiera llegado a saber, como recordaba Sánchez Cantón, que su viaje fue magnífica y



CRTRA. MADRID. ARCH. FOT. BIBLIOTECA MUNICIPAL

segura guía de los generales de Napoleón para formar con rapidez sus colecciones artísticas (23).

Ponz en su itinerario va desde Lerma a Gumiel de Izán, tierra de mucho vino, y ya camino de Aranda, atraviesa la vega, donde se encuentra el monasterio de Bernardos, que llaman S. Pedro de Gumiel, que no llega a visitar, y asimismo menciona a otro Gumiel llamado del Mercado, con su Parroquia de un gótico moderno. Parece oportuno reproducir su testimonio sobre Aranda (24):

No sé si la Villa de Aranda de Duero tendrá seiscientos vecinos, como me dixeran. Muchos mas hubo en lo pasado, si es verdad lo que dice Rodrigo Méndez, que le da mil y trescientos. Tiene bella situacion sobre el Duero, con buen puente, que se comunica á un arrabal. Hay dos Parroquias, dos Conventos de Frayles, y dos de Monjas. Una de aquellas es de arquitectura gótica de los tiempos mas cercanos al restablecimiento de la Greco-Romana. La portada del costado es magnifica. Dentro del arco se representan en medios relieves el Nacimiento, y la Adoracion de Los Reyes: encima hay otros tres de la Pasion de Christo; y en el remate las armas de los Reyes Católicos. En las torrecillas, ó piñas de los lados están

colocados los Santos Doctores, y Apóstoles con otras figuras, y en las puertas hay de baxo relieve asuntos de la Vida de Christo, &c.

El retablo mayor es de mejor tiempo, y cosa excelente, enriquecido en sus tres cuerpos de columnas, baxos relieves, y pinturas de gusto, alusivas á nuestra Señora. Sé que un Sacristan estaba muy mal con el tal retablo, y que en su opinion se debia arrinconar, y posponerlo á qualquier relumbron de talla, y doraduras; pero este caso no llegará a sabiendas del actual Senor Obispo de Osmá, en cuya Diócesis está Aranda.

En la otra Parroquia de esta Villa tambien hay un retablo mayor de buena arquitectura, y consiste en quatro cuerpos con su ático, adornados de columnas, y entre ellas seis pinturas pertenecientes á nuestra Señora, y seis estatuas. En el espacio del medio un bello tabernáculo: mas arriba la Asuncion, luego la Coronacion de la Virgen, y en lo alto el Crucifixo, San Juan, la Virgen, y otras dos figuras.

La portada de la Iglesia de PP. Dominicos es buena, con quatro columnas de orden dórico en el primer cuerpo, y quatro del jónico en el segundo. La Iglesia es muy

espaciosa; su arquitectura de un gótico moderno, con buen retablo mayor de tres cuerpos, sin contar el ático. En el tabernáculo que es de muy buen gusto, y consta también, de tres cuerpos, hay en cada uno dos figuras de rodillas muy bien pensadas, y ejecutadas: sobre el tabernáculo, y en todo el espacio del medio del retablo se representan de escultura la Venida del Espíritu Santo, Jesuchristo difunto, ó el Descendimiento, y en lo alto puesto en la Cruz: á la derecha se ven dos pinturas que representan á Santo Domingo delante un Crucifijo, y á la Sacra Familia, y en medio está la Anunciación de escultura: además tres figuras excelentes de S. Pedro, Santa Catarina, y S. Antonio de Padua: las pinturas del otro lado son el martirio de una Santa, y la Magdalena. La escultura del medio representa el Bautismo de Christo, con estatuas de Santos tan bien hechas como las de la mano derecha. Coronan este retablo las figuras de los Evangelistas.

En medio del crucero hay un excelente sepulcro, y muy magnífico, con estatua echada de D. Pedro Alvarez de Acosta Portugues, Obispo de Osmá, de quien me parece que le hablé á V. en una carta desde Segovia, con motivo de decirle que dicho Prelado se traxo de Italia al célebre Juan de Juni. Se sabe que este artífice trabajó mucho para el expresado Obispo, y que dexó en Osmá famosas obras: á V. le tocará averiguar si son de su mano las de este Convento, y sepulcro, ó parte de ellas, que yo tal sospecho. La máquina sobre que estaba la estatua del Prelado la deshicieron en parte (cosa bien ridícula), y de ella formaron el púlpito, en cuyas caras están de relieve quatro estatuitas de Santa Bárbara, Santa Catarina, Santo Domingo, y S. Juan Evangelista, y en los ángulos unos bellos niños agrupados.

Los claustros de este Convento están hechos con magnificencia, y arte, y se forma una especie de trepado en los arcos muy menudo, y diligente. En los quatro ángulos del tal claustro hay otros tantos altares con pinturas razonables: la una, que representa los Desposorios de S. Joseph, y la Virgen, tiene esta firma: Clemens Sanchez faciebat, autor que V. no habrá oído nombrar: otro de nuestra Señora del Rosario es del mismo estilo: los otros dos representan la Visitación, y á Santa María Magdalena. En un retablito de la Sacristía están

pintados S. Juan Bautista, y Santiago, debaxo Jesus, y María, y á los lados dos historietas sagradas, que parecen obras del expresado Clemente Sanchez. Basta por ahora, volveré á escribir de donde mejor me acomode. ... Burgos...

También podríamos incluir, antes de pasar a las relaciones más recientes, alguna mención de la villa de Aranda como la de Bégín que la describe como *vieille morada royale chargée d'oripeaux gothiques, le quartier général des mendiants, semble une ironie parlante qu'en fuyant les siècles auront voulu jeter sur la somptueuse demeure du célèbre Bernard de Sandoval Rojas, le Mécène de Cervantès. Les eaux du Duero, qui coule devant la ville, forment une belle cascade près du pont; mais le retentissement des flots en fait qu'ajouter un caractère de mélancolie à cet amas de ruies* (25). Otra cita que no habrá influido positivamente en viajeros que en algún momento tuvieran intención de pasar por la Aranda o detenerse en ella es la de Richard Ford, quien, si bien menciona aspectos notables de la villa, llega a decir que aunque en otro tiempo estuvo habitada por reyes, *ahora es un lugar miserable* (26).

El *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones* sería el portavoz de esta asociación que realizó una extraordinaria labor en defensa de nuestro patrimonio. Tanto las actividades de la Sociedad Española de Excursiones como las de la Sociedad Castellana de Excursiones, durante décadas, y también posteriormente el deseo de conservación y de estudio de todas nuestras manifestaciones artísticas del pasado que ha ido anidando en tantos estudiosos de nuestro patrimonio artístico deben mucho a Ponz, y somos conscientes de que cada vez su mérito se acrecienta. Podemos decir que el mencionado *Boletín* es indirectamente obra de los escritores de la *Generación del 98*, y que sus raíces están en Ponz y en el espíritu que animó a muchos ilustrados del siglo XVIII: esfuerzo por sobreponerse a la situación de crisis y al estado de postración, conciencia crítica y preocupación por España.

Un burgalés, Eloy García de Quevedo y Concillón, enamorado de la glorias de su patria, como se definió en la conferencia que pronunció en el Ateneo de Madrid el 17 de marzo de 1899, sigue la ruta desde Lerma: *marchar por páramos desiertos é incultos, cuyo aspecto encoge el*

corazón y aplana el ánimo, pasar por Bahabón, único pueblo que antes de llegar á la Ribera se halla, ver desde el coche interesante ermita románica que no lejos de la carretera se divisa –ermita cerca de la venta del Fraile–, y entrando ya en la tierra del vino, como por allí dicen, y pasando por Gumiel de Izán, llegar á Aranda de Duero, que hallaremos asentada en medio de un campo hermosísimo, totalmente plantado de viñedo. Este trabajo vio la luz posteriormente en el Boletín de la Sociedad Española de Excursiones (27):

“Villa por villa, Aranda de Duero en Castilla” –dijose antiguamente–, y á fe que con razón, pues aún hoy, cuando por varias razones ha decaído mucho, presenta el aspecto de lo que siempre fué; población rica y comercial, con grandes mercados de cereales y vinos.

Como esto no nos importa ahora, poco habremos de detenernos, mas no debemos dejar de ver las dos iglesias, dedicadas á San Juan la una y á Santa María la otra. Menciono á aquélla sólo por su antigüedad, y por conservar el recuerdo de haberse reunido bajo sus bóvedas, en el siglo XV, un Concilio provincial. Hoy se halla un tanto abandonada, y salvo su fachada principal, que no deja de ser original y graciosa, no hay nada que merezca la pena de la visita. No ocurre tal en Santa María, parroquia principal y espléndida, cuya fachada vais á ver y en la que podréis admirar su grandiosidad y hermosura, lo fino y delicado de su labra y esa arcada del último cuerpo, de sabor tan netamente español que trae á nuestra memoria los monumentos salmantinos. La época de su construcción, no hay que decirlo, aunque no se conoce con certeza puede asegurarse que debió ser el final del siglo XV ó el principio del XVI, pero nada, repito, puede afirmarse documentalmente, pues se carece de estudios que á ninguno de los monumentos de Aranda haga referencia, ya que Loperráez, escritor benemérito, no se ocupó más que de asuntos históricos, y de historia eclesiástica, por regla general, sin prestar atención al arte, y Amador de los Ríos limitase aquí, como en otras partes, á hacer largas descripciones.

En el Boletín de la Sociedad Española de Excursiones encontramos una segunda reseña de otra excursión que incluye a Aranda en su trayecto (28). El texto lo firma

Pedro C. Sorribes y en esta ocasión la salida tiene lugar en Madrid para pasar por el Molar, Lozoyuela, Buitrago, Somosierra, Boceguillas y Fresno, antes de llegar a Aranda, primera parada del itinerario previsto:

A la hora del almuerzo entrábamos en Aranda, donde reinaba gran animación por ser día de mercado. Nos mataron el hambre en el Hotel Ibarra y lo hicieron en términos que a todos nos dejaron satisfechos. Ya lo saben los señores turistas: en Aranda de Duero se puede comer, casi opíparamente, problema harto difícil de resolver en la mayoría de los pueblos de España; y conste que no cobramos nada por el reclamo. Es simple correspondencia al buen trato recibido.

Acompañados por D. Félix Verdugo, abogado y ex diputado provincial, que tuvo la amabilidad de actuar de cicerone, por su amistad con D. Francisco Beltrán, el conocido librero de la calle del Príncipe, que formaba parte de la caravana, visitamos la villa, en cuya descripción no nos pararemos, porque en la conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid, el 17 de Marzo de 1899, por D. E. García de Quevedo, sobre el tema “Excursiones en la provincia de Burgos”, conferencia publicada en el número de este BOLETÍN, correspondiente a los meses de Agosto-Octubre del mismo año, se habla de Aranda y sus monumentos, extendiéndose su autor en la descripción de Santa María. En esta iglesia, de bella fachada e inacabada fábrica, los ventanales, según referencia del señor Verdugo, estuvieron tapiados, víctimas de algún enemigo de la belleza, del aire y de la luz, hasta que un vecino de la localidad descubrió uno por su cuenta, costeó la vidriera correspondiente y, puesta de relieve la importancia de efectuar lo propio con el resto, gestionó y logró del Estado el dinero para la obra. En la misma conferencia dice el propio Sr. García de Quevedo, que la iglesia de San Juan es célebre por haberse allí reunido en el siglo XV un concilio provincial, a instancia del arzobispo Alonso Carrillo de Albornoz, para acrecentar, según se asegura el partido de la Reina Católica. Ambos templos guardan bien pocos vestigios de su antigua grandeza. Quedan en Aranda algunas edificaciones de belleza arquitectónica, entre ellas la en que se halla establecida la fundación “Estado de Hijodalgos de

Aranda, Sepúlveda y su tierra”, instituida por Juan Ortiz de Zárate, obispo de Salamanca, que había nacido en Aranda. Con la mitad de las rentas de la cofradía se dota todos los años a una doncella noble al tomar estado y la otra mitad dedica a incrementar el capital. El escudo de la casa de que hablamos ofrece la particularidad de que sus cuarteles fueron picados, como castigo impuesto al propietario del inmueble por su mal comportamiento en una batalla. Yo me guardo de poner en duda el hecho, pero contemplado el estrago, no puede uno menos de acordarse de la afición de los chicos a apedrear cuanto hallan a su alcance, y el blasón aludido lo estaba.

La Asociación de Amigos de los Castillos, continuadora de la tradición excursionista de las Sociedades Española y Castellana de Excursiones, en una de las numerosas rutas realizadas reivindicando el interés por la castellología y por los castillos españoles incluye una visita a Aranda. Partiendo de Madrid, pasaron por Buitrago, donde visitan el castillo que perteneció al Marqués de Santillana, y Somosierra antes de llegar a Aranda. Joaquín Galiano (29) escribe una escueta y breve reseña de la visita a Aranda, desde donde se desplazaron a Peñaranda de Duero y Coruña del Conde:

En Aranda, sin castillos, visitamos la iglesia de Santa María, contemporánea de los Reyes Católicos, que es – o será – monumento nacional, y la de San Juan, gótica, pequeña, aún más antigua y también maravillosa.

En estas excursiones viajan entendidos en arte o aficionados, pero siempre enamorados de castillos, murallas, fortificaciones y de tantas otras reliquias venerables. Las reseñas publicadas por alguno de los viajeros participantes quedan lejos de los magníficos estudios que se publicaron en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*; buen ejemplo lo tenemos en la que hemos incluido, escueta, sin emoción, carente del más mínimo atractivo que anime a posibles viajeros. Las excepciones confirman la constante de esta publicación y así tenemos un excepcional ejemplo de comunicación, donde la prosa expresa un goce sensorial que invita a emprender el viaje; nos referimos al texto de Gaya Nuño (30) en el que describe una *peregrinación* a Gormaz:

Mañana de sol apretado, agosteño, campesino, sol

de los últimos días de la siega. Mañana dormida y silenciosa, aturdida de calor [...] Aquí, en lugar casi increíble, los arquitectos y canteros califales obraban una fortaleza – ¡pero qué fortaleza! – con el mismo esmero e igual enjundia que cuanto hacían al lado del Guadalquivir. La portada es impresionante por su magnitud, por su geometría, por su disposición, sobre una de las subidas más inaccesibles. Mas que puerta para entrar, lo es para proclamar la grandeza del califato.

Se podrían aportar otros testimonios de viajeros pero, por no salirnos de los límites impuestos y por entender que los incluidos son elocuentes para nuestro propósito, no se mencionarán otros más recientes y de fácil acceso para los lectores y pasaremos al segundo apartado de la exposición.

GUÍAS DE VIAJEROS

No es fácil averiguar la información de que disponían los viajeros en la Edad Media pues los mapas existentes, aunque pretendían ser prácticos, como los libros de viajes, serían de escasa utilidad, ya que al lado de datos correctos abundan las referencias a acontecimientos de la Historia Sagrada, de manera especial si se remiten a zonas más desconocidas como Asia o Africa. En ocasiones es difícil reconocer el contorno y la localización de algunos países y ciudades, pues hay mezcla de realidad y mitología; recordaremos algunas obras como el *Liber Chronicarum* de Schedel, donde para representar dos ciudades se reproduce la misma estampa. Los itinerarios disponibles – que, si bien no describen con precisión geográfica países o regiones, al menos enumeran ciudades que se encuentran en determinados trayectos y las distancias entre ellas – eran utilizados por viajeros, principalmente peregrinos y mercaderes. No obstante sospechamos que alcanzarían escasa difusión.

En la Edad Moderna aumenta el número de viajes, por razones de Estado, por la pasión de las peregrinaciones, en busca de fortuna, por motivos científicos... y cada vez suponen un riesgo menor aunque estos viajeros habrían de enfrentarse a la misma naturaleza, las enfermedades o los accidentes, la posible agresión y la rapiña. La información va siendo cada vez más fiable hasta llegar a las publicaciones

ARANDA DE DUERO.—Calle de San Francisco y carretera de Burgos



ARCH. FOT. BIBLIOTECA MUNICIPAL

utilizadas por el viajero actual, que al partir hacia un sitio desconocido cuenta con todo tipo de mapas y guías, donde nada queda a la improvisación.

La época de la Ilustración será propicia para el desarrollo de las obras de carácter descriptivo, histórico o geográfico; no olvidaremos, además del ya mencionado *Viage* de Ponz, el *Diccionario Histórico-Geográfico de España* de Tomás López, pero nos interesa destacar especialmente la *Descripción histórica del Obispado de Osma* de Loperráez (31). En el capítulo X estudia el Arciprestazgo de Aranda y aunque no insistiremos en otros datos históricos y artísticos que aporta, sí es obligado incidir, dado el asunto que nos ocupa, en su descripción general de la villa, antecedente de las guías de viajero:

Este Arciprestazgo toma el nombre de la villa de Aranda de Duero, cuya población es de las mejores de España, atendiendo á su situación, y llanura de todo su término. Se conoce que en lo antiguo estuvo muy bien cercada, por conservarse aún algunas puertas principales, y parte á trechos de sus murallas. La baña el río Duero por su mediodía, formando sus aguas una hermosa cascada pasado el puente famoso, el que tiene quatro ojos

muy espaciosos, con una manguardia construida pocos años hace, la que sirve para dar comunicacion al arrabal, y facilitar el paso á ambas Castillas, faltándole solo á esta población el que hicieran plantíos en las márgenes del río, en los paseos públicos, y contornos de la villa, para que fuera la mejor de toda Castilla la vieja. Su buena disposición ha sido causa de que los Reyes hayan hecho asiento muchas veces en ella, como resulta de las Crónicas, y que el Rey D. Felipe el II. por el año de mil quinientos quarenta y cinco, siendo Príncipe, tuviese en ella la Corte, y su Real Consejo mas de dos años. Por documentos de su archivo consta, que ha tenido mas de tres mil vecinos, y muchos de ellos de distinguidas familias. Por el año de mil quinientos sesenta y siete se hallaba con mil y quinientos vecinos, como consta de una averiguacion que se hizo por el Obispo D. Francisco Tello.

Ya en el siglo XIX no podemos dejar de mencionar una obra monumental, el *Diccionario* de Pascual Madoz, sobradamente conocido y del que, por haberse publicado recientemente en facsímil, no transcribiremos ningún detalle de su descripción de Aranda (32). Los datos copiosísimos que le proporcionaron sus informantes hacen de esta obra

un repertorio de consulta obligada, que cumplió al menos su primera pretensión, la de dar a conocer la nación, y que serviría como punto de apoyo para buscar su progreso y aumentar su riqueza.

Los manuales o guías de viajero tratan de suplir las grandes obras histórico-descriptivas, que no estaban al alcance del gran público en el momento de su publicación; cuentan además a su favor con que son más manejables y su adquisición resulta más económica, en una época en la que aumenta notablemente el número de personas que viajan. Como ya se ha dicho, conocer nuevas gentes, otras tierras, es el principal objetivo de los viajes. También hemos hablado de los desplazamientos por motivos comerciales, religiosos, políticos o simplemente por afán de aventura; cada vez más aparecerán en la relación los ociosos, los curiosos, los vanidosos, los que se aburren, unidos a los que viajan por necesidad. Junto al término viajero encontramos el de excursionista, tan en boga a finales del siglo pasado y en las primeras décadas del presente, definiendo al que quiere ver y admirar muchas cosas para aprender más, y el de turista, con una acepción de carácter negativo, de mal viajero: desocupado, exhibicionista, aficionado. Los nómadas no siempre han sido bien acogidos.

Encontramos guías que orientan al viajero en sus desplazamientos por un territorio más o menos extenso, generalmente por toda España, pero también las hay que seleccionan rutas muy concretas o bien están pensadas para dar a conocer una población determinada. Estas últimas sólo se publicarán para ciertas ciudades en las que se crea la necesidad de proporcionar noticias útiles al visitante por su industria creciente, por su movimiento mercantil en auge, por la apertura de nuevos medios de comunicación, carreteras y ferrocarriles, o porque se trata de lugares apropiados para personas de salud delicada, cuando gozan de un clima benigno o disponen de balnearios.

En su *Guía del viajero en España* (33) Mellado informaba de las reglas a que estaban sometidos los viajeros que se desplazasen en *posta a la ligera* y en *ruedas*, con expresión de los precios que tenían que pagar, así como de las condiciones a que debían sujetarse los que viajasen en diligencia. Este autor, en uno de los trayectos que aconseja,

incluye Aranda. Procedente de Milagros, pasa un portazgo y llega a nuestra villa:

Aranda de Duero, distante de la anterior dos leguas: pertenece este pueblo á la provincia y capitanía general de Burgos, obispado de Osma, y es cabeza del partido judicial de su nombre: se halla situado en terreno llano á la orilla derecha del Duero, y tiene 4,921 habitantes, cuatro parroquias, dos conventos que fueron de frailes y dos de monjas, juzgado de primera instancia, ayuntamiento, administraciones subalternas de rentas y parada de diligencias generales peninsulares, y de la silla correo. Esta villa sirvió muchas veces de morada á algunos reyes, conservándose aun el real palacio en que residían. En 1474 se celebró en ella un concilio provincial por el arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo. Es patria de don Bernardo Sandoval y Rojas, cardenal arzobispo de Toledo y protector del célebre Cervantes; y de don Pedro Acuña y Avellaneda, obispo de Astorga, que fue detenido por Francisco I, cuando iba al Concilio de Trento.- Su término produce toda especie de granos, legumbres, frutas, hortalizas, mucho vino, leña y bastante ganado.

Sus referencias a Aranda concluyen con la continuación del viaje camino de Gumiel de Izán:

A la salida de Aranda se pasa un puente de piedra sobre un riachuelo, después del cual hay una fuente á la derecha y el Santuario de la virgen de las Viñas; luego se pasa otro puente sobre un arroyo, y se halla la villa de Gumiel de Izán.

En una *Guía del viajero en España*, publicada en 1881(34), el castellano viejo aparece como reservado, principalmente con los extranjeros. Tal vez encontremos en esta expresión, más que la frialdad o rechazo al viajero, algo del desprecio antiturístico que ya se hizo presente en el siglo XIX en España y en otros países de Europa, como ocurrió en Francia, Suiza e Italia, hacia el turista inglés. Deberíamos preguntarnos cómo veían los castellanos del siglo pasado y primeras décadas del presente al nómada que viaja por placer, un lujo inaccesible para ellos, cuando si en algún momento ellos emprendían un viaje era con destino a otro sedentarismo: el del exilio o el de la emigración. Se decía sobre el castellano en la misma guía que sabía armonizar dignidad y elegancia, algo que mitigaría



ENTRADA A LA VILLA. ARCH. FOT. BIBLIOTECA MUNICIPAL

sin duda la hostilidad latente, espoleada por el indudable sentimiento de inferioridad frente al visitante, que llegaría deseoso del espectáculo.

Comas, autor de la mencionada Guía, hace referencia a la provincia de Burgos cuando se ocupa de Castilla la Vieja. Burgos sería la provincia donde se conserva con mayor pureza el tipo del castellano viejo, definido así:

No es risueño ni alegre como el andaluz ni emprendedor y activo como el catalán: su aspecto es melancólico y triste, amigo de pocas razones, grave y un tanto orgulloso. Su modo de obrar es lento, y aunque recibe siempre con urbanidad y cortesía, se muestra muy reservado, principalmente con los extranjeros. Uno de éstos que ha escrito mucho sobre España, dice que lo que constituye el fondo de su carácter es su gravedad, su lealtad y su amor a Dios (self-respect, love of God, and loyalty). Nosotros debemos añadir que es sencillo y patriarcal en sus costumbres, ingenuo en sus acciones, leal y honrado en los contratos y valiente en los combates. Nadie ha sabido armonizar cual él la dignidad con la cortesía.

Sigue su exposición con referencias generales a la provincia de Burgos:

Hasta hoy su suelo ha sido uno de los más miserables de España, y a esto se debe que el castellano viejo no fuera de sí emprendedor y activo y que pasara su vida en la indolencia. Pero ¿qué sacaba de cultivar sus campos si

sus productos carecían de mercado? Hoy tiene afortunadamente ferrocarriles que llevan sus caldos y cereales á algunos de nuestros principales puertos, y Castilla la Vieja está sufriendo, bajo el concepto industrial y económico, una revolución profunda que modificará esencialmente el carácter de sus hijos.

Al mencionar en el índice la ciudad de Burgos, dice que en ella hay coches de alquiler y diligencias para Soria, Valladolid y Aranda (35).

Si en las guías de viajero españolas las referencias son escasas, al repasar alguna como el *Manuel du voyageur* de Baedeker, publicada fuera de España, las reseñas referentes a Aranda de Duero no presentan el más mínimo aliciente para el extranjero. En esta guía, al mencionar el trayecto por ferrocarril entre Valladolid y Ariza, encontramos: *Aranda de Duero, vieille, petite ville pittoresque de 5000 hab. sur la rive dr. du Duero* (36). El ferrocarril Valladolid-Ariza se inauguró el 1 de enero de 1895, año en que se comenzó a utilizar la luz eléctrica en Aranda. En el mismo volumen de Baedeker se le dedican a Burgos 13 páginas de texto, con noticias históricas, referencias a su clima, medios de comunicación, lugares y edificios notables, excursiones a los lugares más próximos como el Monasterio de las Huelgas, Hospicio del Rey, Cartuja de Miraflores o a San Pedro de Cardeña, acompañadas de un plano de la ciudad y otro de la Catedral.

En un estudio de este talante no podía faltar la referencia al volumen que se dedica a Burgos, redactado por Rodrigo Amador de los Ríos, dentro de la serie *España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia*. Su trabajo es de extraordinario interés no sólo por la calidad del texto y la documentación histórica que utilizó el autor, también porque incluye fotograbados y heliografías de los más cualificados especialistas de la época como Laurent, Joarizti y Mariezcurrena y, en fin, porque se trata de una obra que, si bien no se debería incluir con exactitud dentro de las guías que estamos analizando, habrá servido mucho más que otras para que los estudiosos o lectores de la misma hayan sentido el impulso o la tentación de visitar los pueblos y los monumentos que tan detalladamente describe. Rodrigo Amador de los Ríos (37) encontró ya *una ancha y cuidada carretera* desde la Vid, y como cualquier otro viajero comienza su reseña de Aranda con la primera imagen que descubre:

Nada se ofreció a nuestros ojos más agradable que Aranda, cuyos derruidos murallones besa humilde, arrastrando sus aguas tranquilas el manso Duero, en cuya tersa y limpia superficie se reflejan como sobre un espejo las pintorescas márgenes cubiertas de exuberante verdor y pobladas de árboles corpulentos, y contempla la villa su desigual caserío y el torreón que se alza al extremo derecho del puente, ostentando como timbre de nobleza el blasón que le dieron por distintivo los monarcas de Castilla [...].

Se podría intentar la revisión de las referencias en otras guías artísticas, pero sólo mencionaremos para terminar alguna relativa a guías de viajero más recientes, publicadas a lo largo de este siglo, entre las muchas que existen de carácter local, comarcal, provincial o nacional. Todas proporcionan información válida y de carácter práctico e

inmediato para el turista: indican hoteles, restaurantes, número de habitantes, etc., generalmente acompañada de una breve introducción histórica; más o menos extensas, los datos varían en función de la fecha de publicación y de la orientación e intereses de las rutas previstas y las podemos encontrar en las secciones dedicadas a turismo o viajes de cualquier librería. De las que son más propiamente *guías de viajero* merece especial mención la de Dionisio Ridruejo, *Castilla la Vieja* (38), que, sin descuidar los aspectos informativos, destaca por su calidad literaria y porque el texto refleja su conocimiento entrañable de la tierra y del alma castellana. Esta obra, notable por sus rigurosas descripciones, por sus referencias históricas cultas y por su emotivo lirismo, sobresale entre los más variados itinerarios o guías publicadas. Menciona los figones y tabernas y recomienda *no desdeñarlos*; el reclamo gastronómico no podía faltar, pero también encontramos en ella referencias a la vega, *la gran mina de Aranda*, al caserío, a las calles que *guardan aún casas nobles*, y sobre todo a sus monumentos, entre los que destaca la iglesia de Santa María, que es no sólo *la joya de la ciudad, sino una de las piezas más importantes del gótico burgalés tardío*.

Los libros consultados para este trabajo han sido nuevas luces que, como diría fray Martín Sarmiento, cada día nos han hecho salir de algún error; no obstante tendremos presente un consejo de Balmes: *andad con tiento en lucir vuestra ciencia, si os encontrarais con algún natural del país, y no queréis exponeros a ser objeto de risa*, pues no hemos seguido al pie de la letra otras de sus recomendaciones para formar un cabal concepto de Aranda: *habría que pasar allí larga temporada, abundar en relaciones, estar en trato continuo, sin cansarse de preguntar y observar*.

NOTAS

- 1) IZQUIERDO: "La Ribera del Duero en la literatura española", 229-230.
- 2) BALMES: *El Criterio*, 60.
- 3) MORAL GARCÍA: "Evolución de la población de Aranda de Duero".
- 4) *Viajes de extranjeros por España y Portugal: III*, 47. Advertencia preliminar a un retrato anónimo.
- 5) FOULCHE DESBOSC: *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*.
- 6) FARINELLI: *Viajes por España y Portugal*.

- 7) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, I, 1445.
- 8) *Ibídem*, I, 1177.
- 9) SANZ ABAD: *Historia de Aranda de Duero*, 151-165.
- 10) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, I.
- 11) *Ibídem*, I, 764-771.
- 12) *Ibídem*, I, 914
- 13) *Ibídem*, I, 1061.
- 14) *Ibídem*, II, 89.
- 15) *Ibídem*, II, 409.
- 16) *Ibídem*, II, 558-559.
- 17) *Ibídem*, II, 987.
- 18) *Ibídem*, II, 1195.
- 19) *Ibídem*, III, 57-58: Amsterdam, en 1700.
- 20) VILLANUEVA: *Viage literario*, Prólogo del editor.
- 21) MARAÑÓN: “Prólogo”, 12.
- 22) HELMAN: “Viajes de españoles por la España del siglo XVIII”, 620.
- 23) Sánchez Cantón lo publicó en 1925 en la *Revista de Occidente* y lo recoge PUENTE: *La visión de la realidad española*, 13-14.
- 24) PONZ: *Viage de España*, XII, 105-109.
- 25) BÉGIN: *Voyage*, 75.
- 26) FORD: *Manual para viajeros por Castilla*, 204.
- 27) GARCÍA DE QUEVEDO Y CONCILLON: “Excursiones por la provincia de Burgos”; las páginas dedicadas a Aranda son la 124 y 125.
- 28) SORRIBES: “La Sociedad Española de Excursiones en la provincia de Burgos”, 210-211.
- 29) GALIANO: “Buitrago, Aranda de Duero, Peñaranda de Duero y Coruña del Conde”.
- 30) GAYA NUÑO: “La peregrinación a Gormaz”.
- 31) LOPERRÁEZ CORVALÁN: *Descripción histórica del Obispado de Osma*, 174-181.
- 32) MADOZ: *Diccionario*, II. A la villa dedica las páginas 423-426.
- 33) MELLADO: *Guía del viajero en España*, 139.
- 34) COMAS GALIBERN: *Guía del viajero en España*.
- 35) *Ibídem*, 744.
- 36) BAEDEKER: *Espagne et Portugal. Manuel du voyageur*, 24.
- 37) RÍOS Y VILLALTA: *España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia. Burgos*, 976-989.
- 38) RIDRUEJO: *Castilla la Vieja. Burgos*. En 1973 la editorial Destino publicó en un tomo *Castilla la Vieja* y posteriormente se reeditó en volúmenes independientes para cada provincia; la última es la que hemos consultado y citamos en este estudio. Su visión de Aranda dista mucho de la de Ferrer-Vidal, quien no encuentra un solo punto amable en la villa arandina, como dice Pascual Izquierdo, aturdido ante la prosa inconsistente e incontinente, lenguaraz y desmedida del viajero catalán: véase IZQUIERDO: “La Ribera del Duero en la literatura española”, 228.

BIBLIOGRAFÍA

- BAEDEKER, K.: *Espagne et Portugal. Manuel du voyageur*. Leipzig, París: Kark Baedeker, Paul Ollendorff, 1900.
- BALMES, Jaime: *El Criterio*. Madrid: J. Pérez del Hoyo, 1972.
- BÉGIN, Émile: *Voyage pittoresque en Espagne et en Portugal*. Paris: Belin-Lemprieur et Morizot, éditeurs, s.a.

- COMAS GALIBERN, José: *Guía del viajero en España. Itinerario artístico y pintoresco por la Península ibérica*. Barcelona: Imprenta y librería religiosa y científica, 1881.
- ESTEBAN BUELA, Antonio: *Aranda de Duero: guía local y regional, turística, artística y monumental*. [Burgos]: [S.n.], D.L. 1968.
- FARINELLI, A.: *Viajes por España y Portugal*. Madrid: CHE, 1920-1930.
- FERRER-VIDAL, Jorge: *Viaje por la frontera del Duero*. Madrid: Espasa-Calpe, 1980.
- FORD, Richard: *Manual para viajeros por Castilla y lectores en casa. Castilla la Vieja II*. Madrid: Ediciones Turner, 1981.
- FOULCHE-DELBOSC, R.: *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*. Paris: Welter, 1896.
- GALIANO, Joaquín: “Buitrago, Aranda de Duero, Peñaranda de Duero y Coruña del Conde”, en *Boletín de la Asociación Española de Amigos de los Castillos*, Año VIII, Madrid, 1960, nº. 30, p. 154-159.
- GARCÍA DE QUEVEDO Y CONCILLÓN, Eloy: “Excursiones por la provincia de Burgos”, en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, Madrid, VII, 1899, 73-79, 97-99, 121-128, 201-210.
- GAYA NUÑO, Juan Antonio: “La peregrinación a Gormaz”, en *Boletín de la Asociación Española de Amigos de los Castillos*, Año XIII, Madrid, 1965, nº. 50, p. 317-323.
- HELMAN, Edith F.: “Viajes de españoles por la España del siglo XVIII”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, VII, 1953, 618-629.
- IZQUIERDO, Pascual: “La Ribera del Duero en la literatura española”, en *Biblioteca, Estudio e Investigación*, 10, Aranda de Duero, 1995, 209-230.
- LOPERRÁEZ CORVALÁN, Juan: *Descripción histórica del Obispado de Osma, con tres disertaciones sobre los sitios de Numancia, Uxama, y Clunia, II*. Madrid: Imprenta Real, 1788.
- MADOZ, Pascual: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*, II. Madrid, 1845.
- MARAÑÓN, Gregorio: “Prólogo”, en SERNA, Víctor de la: *Nuevo viaje de España*, Madrid: Editorial Prensa Española, 1955
- MATEOS MARTÍN, Luis: *Aranda de Duero: urbanismo, geografía, historia*. Burgos: Aldecoa, 1987.
- MELLADO, Francisco de P.: *Guía del viajero en España*. Tercera edición. Madrid, Establecimiento tipográfico, 1846.
- MORAL GARCÍA, Jesús: “Evolución de la población de Aranda de Duero en los primeros tiempos de la Edad Moderna”, en *Biblioteca, Estudio e Investigación*, 6, Aranda de Duero, 1991, 159-190.
- PONZ, Antonio: *Viage de España, en que se da noticia de las cosas mas apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella*, XII. Madrid: Joaquín Ibarra, 1783.
- PUENTE, Joaquín de la: *La visión de la realidad española en los viajes de don Antonio Ponz*. Madrid: Editorial Moneda y Crédito, 1968.
- RIDRUEJO, Dionisio: *Castilla la Vieja. Burgos*. Madrid: Ediciones Destino, 1980.
- RÍOS Y VILLALTA, Rodrigo Amador de los: *España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia. Burgos*. Barcelona: Daniel Cortezo y C.ª, 1888.
- SANZ ABAD, Pedro: *Historia de Aranda de Duero*. Burgos: Diputación Provincial; Aranda de Duero: Ayuntamiento, 1975
- SANZ MARAÑÓN, Montserrat: *Viejas costumbres de Aranda*. Burgos: Diputación Provincial, D.L. 1980.
- SORRIBES, Pedro C.: “La Sociedad Española de Excursiones en la provincia de Burgos (Aranda, Lerma, Santo Domingo de Silos y Covarrubias)” en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, XXXV, Madrid, 1927, 209-217.
- VELASCO PÉREZ, Silverio: *Aranda: memorias de mi villa y de mi parroquia*. Burgos: Tierra Aranda, 1983
- Viajes de extranjeros por España y Portugal desde los tiempos más remotos hasta fines del siglo XVI. Recopilación, traducción, prólogo y notas por J. García Mercadal*. Madrid: Aguilar, S. A. de Ediciones, 1952-1962. 3 vols.
- VILLANUEVA, Joaquín Lorenzo: *Viage literario a las iglesias de España*, I. Madrid: Imprenta Real, 1803.